

- La **espiritualidad** es un camino para vivir la santidad, vocación de todo cristiano.

Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación. (1 Tes 4,3)

No dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad. [...] Conviene además descubrir en todo su valor programático el capítulo V de la Constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia, dedicado a la “vocación universal a la santidad”. (Juan Pablo II, Carta al comienzo del nuevo milenio 30, 6 enero 2001)

Estáis llamados hoy a renovar el compromiso de caminar por la senda de la santidad, manteniendo una intensa vida de oración, favoreciendo y respetando itinerarios personales de fe y valorizando las riquezas de cada uno, con el acompañamiento de sacerdotes consiliarios y de responsables capaces de educar en la corresponsabilidad eclesial y social. (Benedicto XVI, Mensaje al Foro internacional de la Acción Católica, 10 agosto 2012)

- La **santidad** es que Dios sea Dios para mí y en mí; que su voluntad se cumpla en mí y por medio mío; la santidad es un don de Dios, pero por eso mismo, para disfrutarla debo acogerla libremente. Se concreta/manifiesta de modo práctico en el modo de vivir, en cómo pienso, lo que digo, lo que hago (y lo que no hago).

Descubrir a la Iglesia como “misterio”, es decir, como pueblo “congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, llevaba a descubrir también su “santidad”, entendida en su sentido fundamental de pertenecer a Aquél que por excelencia es el Santo, el “tres veces Santo” (cf. Is 6,3). [...] Pero el don se plasma a su vez en un compromiso que ha de dirigir toda la vida cristiana: (Juan Pablo II, Carta al comienzo del nuevo milenio 30, 6 enero 2001)

- Vivir en la santidad le permite a Dios salvarme, me permite recibir el don de la **salvación**, que consiste en vivir en comunión con Dios y con los hermanos.

Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo. [...] Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí. (Jn 17,3.21-23)

- La **comunión** con Dios y con los que están o estarán en comunión con Él se alcanza en la medida en que nos fiamos de Dios y le obedecemos, es decir, en la medida que la fe se hace vida. Según confiamos en Dios y le obedecemos, somos capaces de poner en sus manos todo lo que somos y tenemos para que su voluntad se cumpla en nosotros y a través de nosotros. Esto es lo que llamamos la «**lógica del don**». Es un proceso gradual que se verifica en la medida en que vamos “conociendo” a Dios.

En el tiempo de la peregrinación terrena, el discípulo, a través de la comunión con el Hijo, puede participar ya en su vida divina y en la del Padre: «nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Juan 1, 3). Esta vida de comunión con Dios y entre nosotros es la finalidad propia del anuncio del Evangelio, la finalidad de la conversión al cristianismo: «lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros» (1 Juan 1,3). Por tanto, esta doble comunión con Dios y entre nosotros es inseparable. Allí donde se destruye la comunión con Dios, que es comunión con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, se destruye también la raíz y el manantial de la comunión entre nosotros. Y donde no se vive la comunión entre nosotros, tampoco puede ser viva ni verdadera la comunión con el Dios Trinitario, como hemos escuchado. (Benedicto XVI, Audiencia general, 26 marzo 2006)

- La **corresponsabilidad** nos enseña a vivir la vida según la «**lógica del don**», como discípulos con una fe madura. Entonces lo que hacemos lleva la fuerza de la omnipotencia de Dios y el sello del Amor, y

nos percatamos de que ahora se pueden hacer cosas que sabemos que nosotros solos no podemos lograr.

Por medio de la obediencia nosotros nos alzamos por encima de nuestra pequeñez y podemos obrar conforme a la voluntad de Dios. Más aún: adhiriéndonos así a la divina voluntad, a la que no puede resistir ninguna criatura, nos hacemos más fuertes que todas ellas. Ésta es nuestra grandeza; y no es todo: por medio de la obediencia nos convertimos en infinitamente poderosos. (San Maximiliano María Kolbe, De la segunda lectura del Oficio de su memoria, 14 agosto)

- La «**lógica del don**» se puede resumir así: (1) todo es don de Dios, (2) todo don es tarea, es una invitación a nuestra libertad para que vivamos la vida de Dios, para dejarnos amar por Él, dejar que por medio nuestro los hermanos sean amados por Él, y dejar que amemos a Dios en los hermanos.

¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿a qué gloriarte cual si no lo hubieras recibido? (1 Cor 4,7)

Gratis lo recibisteis; dadlo gratis. (Mt 10,8)

El mandamiento nuevo consiste en amar juntos con Aquél que nos ha amado primero. (Benedicto XVI, Homilía Jueves Santo, 20 marzo 2008)

- La tarea es triple:
 - Reconocer: cobrar conciencia de que lo que soy y tengo es pura gracia;
 - Acoger: valorar y aceptar el don como expresión del *infinito e incondicional* amor de Dios por mí;
 - Entregar: dejar que por medio nuestro el don sea expresión del *infinito e incondicional* amor de Dios por los hermanos y de nuestro amor por Dios.
- **Reconocer** la gratuidad del don:
 - Saber que todo lo que soy y tengo lo he recibido como don de parte de Dios, fruto de su amor por mí; la *humildad* es clave para reconocer esto;

Bienes y males, vida y muerte, pobreza y riqueza vienen del Señor. (Eclo 11,14)

Si no conocemos que recibimos, no despertamos a amar. (Santa Teresa de Jesús, Vida, Capítulo 10,4)

- El don no depende de lo que haga o deje de hacer, de mi mérito o esfuerzo;
 - El que me aproveche el don sí depende de lo que haga: tengo que reconocerlo, acogerlo y entregarlo; si no, lo pierdo.
- **Acoger** con gratitud: que el don sea don para mí:
 - Que el don sea transparente para que al acoger el don acoja a Dios y experimente su amor;
 - Es clave la *pobreza*: nuestra riqueza no son los dones sino Dios, el Dador de los dones;

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. (Mt 5,3)

- Cuando nos apegamos a los dones, ellos ocupan el lugar de Dios y no nos dejamos amar por Dios.

Nadie puede servir a dos señores; porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero. (Mt 6,24)

- **Entregar** con generosidad: que el don sea don para el hermano por medio mío:
 - Que yo sea transparente para que cuando entregue el don el hermano pueda acoger a Dios y experimente su amor;

- Son claves la *confianza* y la *obediencia*: manejar el don según la voluntad de Dios, no por ventaja, ni por temor, ni por obligación (no tengo que defender nada), sino por gratitud;
- Cuando nos apegamos a nuestra voluntad en el manejo de los dones (fines, criterios, estilos) ocupamos el lugar de Dios y no dejamos que Dios ame a los hermanos por medio nuestro; tampoco nos dejamos amar por Dios.

El que siembra con mezquindad, cosechará también con mezquindad; el que siembra en abundancia, cosechará también en abundancia. Cada cual de según el dictamen de su corazón, no de mala gana ni forzado, pues Dios ama al que da con alegría. Y poderoso es Dios para colmaros de toda gracia a fin de que teniendo, siempre en todo, todo lo necesario, tengáis aún sobrante para toda obra buena. Como está escrito: “Repartió a manos llenas; dio a los pobres; su justicia permanece eternamente”. Aquél que provee de simiente al sembrador y de pan para su alimento, proveerá y multiplicará vuestra sementera y aumentará los frutos de vuestra justicia. (2 Cor 9,6-10)

- Criterios básicos:

1. Entregar en proporción a lo recibido del Donante Dios: ultra generoso;

Y celebrarás en honor de Yahvéh tu Dios la fiesta de las Semanas, con la ofrenda voluntaria que haga tu mano, en la medida en que Yahvéh tu Dios te haya bendecido. Nadie se presentará ante Yahvéh con las manos vacías; sino que cada cual ofrecerá el don de su mano, según la bendición que Yahvéh tu Dios te haya otorgado. (Dt 16,10.16-17)

2. Entregar las primicias (lo primero y lo mejor), porque la entrega es a Dios a través del hermano, de la Iglesia, etc.

Cuando llegues a la tierra que Yahvéh tu Dios te da en herencia, cuando la poseas y habites en ella, tomarás las primicias de todos los productos del suelo que coseches en la tierra que Yahvéh tu Dios te da, las pondrás en una cesta, y las llevarás al lugar elegido por Yahvéh tu Dios para morada de su nombre. (Dt 26,1-2)

3. Entregar según el estilo del Donante Dios: misericordioso;

4. Entregar según la intención del Donante Dios: para buscar el bien (=amar).

Pues conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza. (2 Cor 8,9)

- La gratitud por la gratuidad del don es el motor que impulsa a la generosidad en la entrega del don. Por eso la persona agradecida es generosa.
- Esto vale tanto para los dones que nos “gustan/agradan” como para los que nos “disgustan o desagradan”, lo cual es un criterio subjetivo; pues sabemos que todo obra para bien (Rom 8,28).
- Porque el vivir la «**lógica del don**» es algo que Dios hace (no nosotros), tenemos que dejarle. Si no, no se da. Por eso el cristiano corresponsable practica lo que la Iglesia siempre ha recomendado:
 - Oración/liturgia;
 - Sacramentos, especialmente confesión y comunión frecuente;
 - Formación;
 - Servicio: familia, comunidad, parroquia.

- La **conversión** se va dando en la medida que Dios nos posee más plenamente, en la medida que le dejamos ponernos en **comunión** plena con Él, y por tanto, con los que están o estarán en comunión con Él. La **corresponsabilidad** es el camino apropiado para una Nueva Evangelización.

Oh, Maestro, haz que yo nunca busque ser consolado, sino consolar; ser comprendido, sino comprender; ser amado, sino yo amar. Porque es dando como se recibe; es perdonando como se es perdonado, y muriendo se resucita a la vida eterna. Amén. (Oración de San Francisco de Asís)